

EL COLUMPIO DE MI PARQUE

Jonathan Medina Espinal

De no haber sido por la noticia que me dio ese misterioso niño aquel viernes imborrable, me habría mudado de mi departamento ya hace más de cinco años. Pero haber estado viviendo toda una década en un parque donde unos años anteriores a mi llegada un hombre había sido encontrado muerto, y nunca haberlo sabido hasta unos días antes de mi nueva mudanza, me avergonzó sinceramente, pero sobre todo, me inquietó hasta las entrañas. Yo, periodista, que gusto de buscar y encontrar toda clase de relatos, por más insignificantes que sean, no había tenido la modestia suficiente de conocer un poco el pasado o la ínfima historia de mi propio barrio.

Vivo solo en un departamento pequeño, cincuentero, en el Barrio Médico, una minúscula urbanización que siempre ha sido causa de polémicas límites entre Miraflores y Surquillo. La verdad es que se trata de un barrio clasemediero que, según la última guía telefónica, queda —sin pena ni gloria— en el distrito de Surquillo, para desgracia de los pitucos que viven ahí. A mí la verdad no me interesa. Aunque me gusta hacerme la idea de que soy un miraflorentino empedernido, en el fondo me va y me viene si el Barrio Médico está aquí o allá, con tal de que pueda vivir tranquilo y sin molestias. Y así fueron todos estos años en mi departamento: nunca tuve que incomodarme por algún desorden o suceso extraño, con excepción, claro, de uno que otro robo cerca de la cuadra, cosa natural en cualquier parte de Lima y del mundo. Nunca, en todos estos años, conocí a vecino alguno. Había vivido al costado de una familia alemana y al frente de una familia suiza, y ni eso me hizo

inquietar aunque sea para entablar relaciones vecinales. Estaba determinado a mudarme al cumplir los diez años ahí. La razón, muy simple: por fin me había enamorado. Luciana, mi novia, vivía también sola en un departamento de Surco, y ambos amábamos el mar. Queríamos mudarnos cuanto antes al malecón de Miraflores, y ahí vivir hasta morirnos. Ella también era periodista, y ni bien caímos en la cuenta de que ambos teníamos demasiadas cosas en común y de que habíamos estado solos desde siempre, no dudamos en enamorarnos. Ya habíamos ahorrado dinero suficiente para comprar un departamento pequeño en un antiguo edificio del Malecón Cisneros. Mas ese viernes, un día antes de empezar la mudanza, decidí hacer algo de lo que ahora no hago más que arrepentirme: salí al parque de mi casa tan solo por salir. Era una tarde fría y gris, muy limeña, pero mientras caminaba me topé con un niño que jugaba solo en un columpio que no había visto nunca. “Creo que estás perdiendo tu capacidad de observación” pensé, y caminé hacia él.

—Hola —le dije, con ese tonito tonto con el que solemos hablarles a los niños.

—Hola, ¿acabas de mudarte? Nunca te he visto —me dijo él.

No sé por qué, pero por alguna razón, quizá la de seguirle la cuerda, le dije que sí, que acababa de llegar hacía unos días y estaba conociendo el parque.

—Yo he vivido toda mi vida aquí. Mi mamá vive en esta casa desde hace veinte años y aquí nació yo.

El niño parecía de unos siete años, pero su forma de hablar transmitía una inteligencia superior a la que uno espera de su edad. Quizá era cierto que vivía ahí desde que nació, pero la relación era al revés: era yo quien nunca lo había visto, y que yo recuerde los dos últimos años había salido con cierta regularidad al parque. Por eso mi sorpresa al ver ese viejo columpio repentino, casi de un día para otro. Por eso mi sorpresa al verlo a él, porque el parque no era público, sino que estaba totalmente rodeado de casas y cerrado por dos rejas, una vieja y oxidada, que nunca se ha abierto, y otra que está mejor vigilada y se abre solo para quienes viven dentro. Por eso pensé que era un nuevo vecino, y que quizá me estaba mintiendo, pero cuando me explicó ese misterio de las rejas, más bien dudé de mis dudas.

—Esas rejas están ahí como hace trece años. Antes este parque era público y entraban hasta prostitutas, delincuentes y drogadictos. La gente se quejaba todo el tiempo. Hasta que un día encontraron a un hombre muerto en la maleza del fondo. Entonces la Municipalidad cerró las dos únicas entradas del parque con rejas. Desde ahí todos viven más tranquilos.

—Y tú cómo sabes todo eso —pregunté.

—Mi mamá me lo contó. Mi mamá a veces me cuenta cosas.

Fue en esa respuesta que sentí un pellizco de ternura. Conversamos un rato más. Supe que no conocía a su padre y que su madre trabajaba casi todo el día, y por eso él había aprendido a ser independiente. Almorzaba solo, se movilizaba solo, no necesitaba de cuentos de hadas por las noches, pero quizá sí algunas historias que su madre alcanzaba a contarle en los pocos momentos que pasaba con él. Pensé que quizá por eso el niño había madurado rápidamente y sentí aún más ternura, o quizá esta vez fue pena. Sin embargo, la noticia de aquel hombre muerto me dejó intrigado sobremanera. No sé si fue mi vocación de periodista o mi obsesión por descubrir ciertas cosas lo que me llevó a no descansar hasta saber todo al respecto.

Lo cierto es que comencé a investigar sobre aquella enigmática muerte. Empecé por decirle a Luciana que tendríamos que posponer la mudanza: primero tenía que desenmascarar ese misterio y luego recién continuaríamos con nuestra vida. En un principio, a ella no le gustó nada la idea. "Igual puedes ir todas las veces que quieras a ese parque" me dijo, pero no era cierto, solo podían entrar las personas que vivían en él, e iba a ser más difícil aún que dejasen entrar a un periodista obsesionado casi a diario para averiguar sobre un crimen que ya había sido archivado hacía más de una década. "No, viviendo yo acá, lo tengo todo más fácil" le repliqué. Finalmente ella comprendió. Después de todo, éramos colegas, y ambos compartíamos ese mismo sentido de curiosidad. Pero Luciana no llegó a pensar hasta dónde llegaría yo.

Habían pasado ya dos semanas, el departamento estaba listo, pero aún no quería mudarme porque no había logrado obtener ninguna información va-

liosa. Le dije que si ella quería vaya llevando algunas cosas suyas, que luego yo también llevaría las mías, pero que la mudanza se concretaría después de clarificar el crimen. Lo que hice los días y semanas siguientes fue dejar la información de segunda mano, y empecé a tocar las puertas de todas las casas. La primera persona que me atendió fue algo extraña. Era una señora de unos sesenta años, inmensa, de voz muy gruesa, que respondió a casi todas mis preguntas.

—Verás, joven. Los vecinos que vivimos eso preferimos ya no hablar de lo que pasó. Tan solo te puedo decir que nunca nadie supo quién mató a ese hombre. Ah, y que ese hombre era vecino de este parque.

Si no había sido un delincuente o drogadicto del cual nadie se acordaría después de muerto, por qué lo mataron, entonces. Cuando terminé con esa casa, fui a varias más, pero todos me decían lo mismo, o eran vecinos nuevos o ni enterados estaban del crimen. Pero la última puerta de ese día fue la más provechosa. Esta vez se trataba de un hombre flaco, no tan viejo, pero que parecía que acababa de fumarse un troncho.

—Periodista... siempre me han caído bien los periodistas. Mi hermano era periodista, pero Montesinos lo mató— dijo.

Me iba exasperando. No sabía cómo decirle que francamente Montesinos y su hermano me importaban un comino, pero lo dejé hablar un rato más para que se vaya soltando y pueda terminar por ayudarme. Y así fue.

—Muchos creen que estoy loco y que me he inventado esa idea, pero yo estoy seguro de que el asesino de ese hombre fue uno de los del parque, y que además hubo más crímenes des-

pués de ese, pero ya nadie habla de eso. Mira, hijo, este es un país donde la gente olvida muy rápido las cosas. Y la cruda verdad es que yo también estoy igual, mi memoria se está yendo a la mierda.

Eso fue suficiente para que mi intriga se acentuara aún más, carcomiéndome, casi enfermándome. Pensaba todo el tiempo en quién pudo haber sido el asesino, y me irritaba aún más, saber que tal vez seguía viviendo entre nosotros, siguiendo con su vida como si nada, y que incluso quizá hubo más muertos, y que esos cadáveres seguían escondidos en algún ingrato rincón del parque. Y así fueron pasando los días, los meses, convencido de que el autor del crimen aún vivía en el parque, porque muchos a los que entrevisté después me dijeron lo mismo. Quizá el hombre flaco y drogado, no estaba tan loco después de todo.

Había pasado ya medio año, Luciana tenía arreglado el departamento para los dos cuando un día vino de repente a ponerme las cosas claras. "Si no nos mudamos ya, se termina todo". En esos momentos se me reveló una idea terrible que hasta ese entonces no había atravesado mi mente: creí que todo era una confabulación contra mí, llegué incluso a pensar que ella había sido la asesina y que, nerviosa de que su crimen esté a punto de ser descubierto luego de once años, me quería obligar a dejar el caso. Me descontrolé, la insulté, al diablo con el departamento. Llorando, sin poder creer mis palabras y mis actos, se fue. Yo no recapacité, estaba seguro de que algo andaba mal, y tenía que seguir hasta el final, hasta

que el delito se resolviera por completo. Empecé a sospechar de todos, de la señora sesentona, del hombre flaco y drogado, de cada uno de los vecinos, incluso del niño que nunca más volví a ver, y hasta de su madre. Jamás supe en qué casa vivían y nunca los encontré, tan solo veía el mismo columpio viejo y oxidado; pero seguí pensando que el asesino todavía vivía en el parque, yo no estaba loco como decía Luciana, no. O el maldito criminal seguía en una de esas casas o todos estaban conspirando contra mí.

Pero pasaron seis meses y no pude llegar a saber algo más del homicidio. Y me arrepentí. Decidí llamar a Luciana para disculparme por todo, y esperar que me perdonara. Nunca contestó. Pensé entonces que tal vez sí se llegó a mudar sin mí, a pesar de todo. Así que fui al edificio del malecón a buscarla, pero ahí me dijeron que el departamento estaba ocupado por otras personas. Fue cuando me acordé que ella había estado tan sola como yo, y que conmigo había encontrado una promesa de compañía para toda la vida, pero nunca se imaginó que yo la dejaría de esa manera. Regresé a mi departamento en el Barrio Médico, dispuesto a nada, a dejarme envejecer en la rutina y morir.

Habían pasado ya cuatro años más y seguía ahí, solo, culpable. Solamente iba a trabajar y luego regresaba a meterme a mi departamento. Ya ni salía al parque. Pero un viernes decidí salir por salir, como lo había hecho hacía cinco años. Iba recorriendo el parque mientras blasfemaba por todo, sin aún poder comprender lo que había hecho y perdido. Era ya de tarde y estaba a punto de regresar a mi departamento, cuando al fondo, a lo lejos, vi a alguien caminando. Demasiado nervioso, sin saber por qué, fui avanzando hacia el extremo del parque. Me fui acercando hasta llegar a unos pocos metros de distancia, sin que aquella persona me pueda ver. Y entre los árboles, mi alma y mi cuerpo se estremeron como nunca antes al ver, con mis propios ojos, que era el mismo niño del columpio, y que no había crecido un solo día.